

Estancia de Dña. Catalina de Riberol en la Villa de Guía de Gran Canaria

martes, 16 de octubre de 2007

Modificado el martes, 16 de octubre de 2007

Estancia de Dña. Catalina de Riberol en la Villa de Guía de Gran Canaria (relato)

Por ALEJANDRO C. MORENO y MARRERO

PRÓLOGO DE NICOLÁS GUERRA AGUIAR

Como si

de un drama romántico se tratara, algo a la manera de «Werther», de «Don Álvaro o la fuerza del sino» o de «Los amantes de Teruel», aunque la acción la sitúa el autor en la primera mitad del siglo XVI, asistimos en esta novela corta a la dramatización de un amor imposible que conduce, inexorablemente, a la violencia, a la muerte, quizás traído a mano por el destino fatal, por el sino trágico, que rompe la felicidad de una pareja campesina a pesar de que parecía que había conseguido todo a lo que en la vida puede aspirar: juventud, pasión amorosa, amor, un hijo que la solidifica y que hace olvidar, definitivamente, aquellos otros amores prohibidos porque él pertenece a un estrato social villano, nada señorial.

Estancia de Dña. Catalina de Riberol en la Villa de Guía de Gran Canaria (relato) Por ALEJANDRO C. MORENO y MARRERO PRÓLOGO DE NICOLÁS GUERRA AGUIAR Como si de un drama romántico se tratara, algo a la manera de «Werther», de «Don Álvaro o la fuerza del sino» o de «Los amantes de Teruel», aunque la acción la sitúa en la primera mitad del siglo XVI, asistimos en esta novela corta a la dramatización de un amor imposible que conduce, inexorablemente, a la violencia, a la muerte, quizás traído a mano por el destino fatal, por el sino trágico, que rompe la felicidad de una pareja campesina a pesar de que parecía que había conseguido todo a lo que en la vida puede aspirar: juventud, pasión amorosa, amor, un hijo que la solidifica y que hace olvidar, definitivamente, aquellos otros amores prohibidos porque él pertenece a un estrato social villano, nada señorial. Pasiones amorosas de otra pareja (él, el mismo villano anterior; ella, egreja señorial) que lleva tiempo viviéndose a escondidas, que embriaga sus cuerpos con los vapores de la juventud y del deseo, del inicial amor acaso. Pero relaciones ilícitas, imposibles por el muy riguroso condicionante social: ella es la hija de un hombre de Leyes que llega a ser el personaje más importante de la Villa de Guía. Así, por el contrario, no es más que un peón, un don nadie, por más que su corazón rebose los más serenos y nobles sentimientos. Pero es la sociedad rígida, rigurosa, la que impone las normas. No hay posibilidad de transgresiones, por más que se trate de la felicidad de una hija, la única, educada en el más absoluto acatamiento a lo que sus padres deciden. Y por eso, cuando la descubren en los brazos del amante -no se trata, por supuesto, del aspirante rico de Agaete- todo se viene abajo, todo se destruye y se encauza su vida, por más que ello signifique la desestabilización psiquica, la necesidad de una celda inquisitorial, de unas cadenas que la unan a la fría e impersonal estancia. Hay sentimientos de no plenitud cuando se tiene la felicidad al alcance de la mano y surge algo que impide la recreación; corazones que se desbocan ante los roces carnales y que palpitaban más allá de las continencias; venganzas con sangre inocente derramada porque el cuerpo del niño no es fruto de su propio parto; locuras y desequilibrios psiquicos que se dan la mano, como en sino fatal, con la imposibilidad de ser feliz. Y a la manera romántica, la poderosa presencia de la muerte se va sintiendo a medida que pasan las páginas porque sabemos que algo violento ha de suceder, los lectores son conscientes de que no todo puede ser tan sencillo, tan simple, tan natural como es el natural amor entre dos jóvenes que se conocen y se desean. Y desde el comienzo, un ser misterioso o, mejor, tres seres misteriosos que llegan de muy lejos, de la Italia mediterránea, que a pesar de sus riquezas, de sus posesiones, de sus negocios ya asentados, deciden embarcar y dejarlo todo: poder, dominio, relaciones sociales, presencia dominante para encerrarse en Guía, en la Villa canaria, de costumbres, usos, maneras, lenguas distintas. ¿Por qué? ¡Ah! Eso lo sabremos solo al final, como en las tragedias románticas

Nicolás Guerra Aguiar (Catedrático de Lengua y Literatura)

En la Real Ciudad de Gáldar, Viernes

2007 La estancia de Dña. Catalina de Riberol en la Villa de Guía de Gran Canaria En la mañana del 12 de abril de 1527 llegaba a la Villa de Guía, procedente de la ciudad italiana de Gádora, el letrado D. Luís de Riberol y Fierro acompañado de su esposa Dña. Constanza Soprani de Figueroa y de la señorial Dña. Catalina de Riberol y Soprani, única hija del matrimonio. D. Luís de Riberol había estudiado la carrera de Leyes en la Facultad de Derecho de la prestigiosa Universidad de Bolonia y pertenecía a una acomodada familia de comerciantes genoveses que construyeron una enorme fortuna debido a las ganancias obtenidas de la explotación y venta de la, por entonces, tan demandada caña de azúcar. El matrimonio formado por D. Luís de Riberol y Dña. Constanza de Soprani, al poco tiempo de haber establecido su residencia en la Villa de Guía, mandó levantar una immense casona de dos plantas y sotano en la calle de Enmedio, exactamente, en el solar donde, siglos más tarde, se había edificada la llamada «Casa de los Aguilares» (hoy «Casa de las Artesanas»). El frontis de aquella casona estaba hermosamente adornado por un heráldico en el que figuraban los apellidos Riberol (la base Ribarro) y Soprani (grafiado también Sobranie, incluso,

Soberanis). En la primera planta del edificio, tras pasar el zaguán, se llegaba a un amplio patio interior de estilo andalusí mediante el cual se accedía, por una puerta, al suntuoso despacho de D. Luís de Riberol, por otra, a las caballerizas (situadas al fondo del patio) y, por la puerta que llevaba hacia la trasera de la casa, a un jardín con huerta repleta de especies vegetales que la familia había traído consigo desde Italia. Luego, junto al patio, existían unas escaleras -casi interminables- que llegaban al segundo piso del edificio, lugar destinado a las habitaciones personales y dormitorios de los moradores de la vivienda. El patriarca de la familia había abierto en esta localidad el primer despacho de abogacía del que se tienen noticias. D. Luis de Riberol, debido a su buen hacer profesional como letrado y, sobre todo, a la amabilidad que mostraba con todos sus vecinos, logró ganarse el cariño y respeto del pueblo guense. Se convirtió, en muy poco tiempo, en uno de los personajes más destacados e influyentes de la municipalidad. Y es que, en 1531, ya figura como Alcalde Real de la Villa de Guía. Mientras tanto, su mujer y su hija, de 17 años, dedicaban gran parte de su tiempo libre -que es, prácticamente, todo el día- a organizar las tertulias vespertinas que tenía lugar, muy a menudo, en el enorme jardín de la casa. Por aquellas reuniones de las artes y las letras pasaron dejaron escritas las plumas de diversos cronistas de la época, gran parte de intelectualidad insular, además de otros muchos personajes relevantes que se encontraban de visita por el Archipiélago. Entre una cosa y otra, Dña. Catalina de Riberol ya se acercaba a la edad casadera y sus padres, como se hacía comúnmente en aquellos tiempos, decidieron buscarle un pretendiente. El elegido para contraer matrimonio con la joven fue D. Rigoberto Cairasco, un importante banquero de origen genovés que, desde hacía algunos meses, residía en la Villa marinera de Agaete. No hay duda de que, en la opinión de los que iban a ser sus suegros, el Sr. Cairasco era lo que se denominaba un buen partido pues, debido a que su familia había sido muy bien tratada en los repartimientos de tierras procedentes de la época de la Conquista de las Islas, aunaba en su persona uno de los patrimonios más importantes del momento. Pero entre los muchos, muchos, inconvenientes que la hermosa Catalina halló en el terrateniente se encontraba el hecho de que D. Rigoberto le doblaba la edad varias veces y, por si esto fuera poco, carecía de atractivo alguno. Ante semejante situación, la muchacha se negó con total y absoluta rotundidad a matrimoniar con semejante individuo ya que, al parecer, llevaba algunos meses viéndose a escondidas con un apuesto joven labrador llamado Francisco García, natural de la Villa de Guía e hijo de una familia muy humilde de jornaleros. Fueron varios los años que la pareja estuvo viéndose sin que sus padres pudieran percibirse de nada anormal hasta que, un día, D. Luis de Riberol y Fierro -ante el extraño comportamiento de su niña- envió a Silvestre Rodríguez (el jardinero) a seguirla, puesto que la joven todas las mañanas salía a la misma hora sin que nadie supiera hacia donde se dirigía. Este episodio sorprendió, sin duda, un importante punto de inflexión en sus vidas, pues el jardinero -tras seguir a Dña. Catalina de Riberol hasta una hacienda cercana a la Ermita de San Sebastián propiedad del patrón guense D. Gaspar Suárez de Medina, lugar de trabajo de su amado- vio besarse a la pareja. Tal y como era de esperar, Silvestre Rodríguez corrió con la noticia a su señor, quien entró en caldera y fue, raudo y veloz, en busca de su hija. D. Luis, acompañado de varios hombres a caballo, llegó a la hacienda y se percató de que, junto a establo, se hallaba Catalina acaramelada con su enamorado Francisco García, con lo que, sin apenas mediar palabra, tomó a la muchacha del brazo y la llevó de regreso a casa. Mucho tiempo fue el que pasó la joven Catalina castigada en su habitación, absolutamente incomunicada con el mundo exterior. Su amado, Francisco, cada día pasaba frente a su casa en el trayecto de ida y venida a su lugar de trabajo, pero nada sabía de ella. La tristeza y la melancolía estaban menguando la vida del labrador. Apenas comía. No tenía ganas de seguir viviendo. Pero, tras casi siete años de tristeza, Francisco García conoció a María de los Remedios González, una guapísima joven de esbelta figura, melena al viento y unos ojos verdes con los que nuestro hombre aprendería a amar de nuevo. La hermosa muchacha trabajaba al servicio de la familia Suárez de Medina, dueños de la hacienda donde también lo hacía Francisco. María de los Remedios, desde un primer momento, se enamoró perdidamente del labrador y, al poco tiempo, quedó embarazada. La pareja estaba radiante de felicidad. Todo iba maravillosamente bien. Francisco, aunque aún no había olvidado del todo los momentos de felicidad vividos junto a su anterior amada, estaba embelesado con su nuevo amor. Mientras, Catalina de Riberol, debido al encierro en su habitación y también a que entre sus parientes había ciertos antecedentes de desequilibrio mental, enfermó muy gravemente de la cabeza. Aquella patología le venía heredada por la rama de su madre, ya que tanto la abuela como un tío de Catalina había fallecido tras haber perdido el juicio en extrañas circunstancias. Fue tal el desquiciamiento mental que sufrió, que sus padres se vieron obligados a construir en el sótano una especie de mazmorra protegida con unos fuertes barrotes de hierro para allanar a su hija demente, pues se mostraba bastante agresiva. Al mismo tiempo que esto ocurrió en la Casa Riberol-Soprani, Francisco estaba inmensamente ilusionado con el nacimiento de su hijo, su primer hijo. En esto, el día 8 de Diciembre de 1548, María de los Remedios González daba a luz a un varón que llevaría también el nombre de Francisco, como su padre. Este hecho hizo que el labrador olvidara, de forma definitiva, lo que había ocurrido en su relación anterior y se centrara en la crianza de su niño, quien había heredado la belleza y los ojos verdes de su madre, además de la gracia y simpatía de su padre. Catalina, por su parte, se encontraba apresada en aquella fría y oscura mazmorra del sótano. Se hallaba sujetada a la pared con unas gruesas cadenas. Tenía la fuerza de una bestia indomable, por lo que era necesario que los médicos, casi a diario, pasaran por allá para observar su estado y, especialmente, atenuar sus continuos ataques de histeria. Sin embargo, con el paso del tiempo, Catalina mejoró ostensiblemente en sus facultades psíquicas. Ahora, los episodios de desequilibrio mental se alternaban con los momentos de cierta lucidez. Todo ello y, por supuesto, el visto bueno de los médicos que la estaban tratando, hicieron que sus padres tomaran la decisión de trasladarla de nuevo a su habitación, en la segunda planta de la vivienda. Su mejoría fue considerable. D. Luis de Riberol y su esposa, Dña. Constanza, veían con buenos ojos que su hija hiciera, nuevamente, vida normal pero, eso sí, dentro de su casa de la calle de Enmedio, edificio que también daba al llamado callejón de León. Catalina, muy mejorada pero nunca lo bien que sus padres e, incluso, los propios médicos creían, estaba casi todo el día mirando desde detrás de los cristales de la ventana de su habitación, hacia la calle. Su aspecto fático era escalofriante. Sus ojos, visiblemente enrojecidos, se presentaban como

los Áºnicos anunciantes de lo que podÃ-a suceder. A pesar de este panorama, el 21 de enero de 1549, Francisco GarcÃ-a casaba en el templo de la Villa de GuÃ-a con su prometida MarÃ-a de los Remedios GonzÃ¡lez. Diariamente y ajeno a todo, el matrimonio pasaba calle de Enmedio arriba y abajo en el trayecto que, luego tomando el callejÃ³n Esquivel (callejÃ³n que, actualmente, va desde la calle de Enmedio hasta la zona cercana a los Juzgados), le llevaba hacia la finca en la cual ambos trabajaban, como decÃ-amigos, propiedad de D. Gaspar SuÃ¡rez de Medina y ubicada por las inmediaciones de la Ermita de San SebastiÃ¡n. La feliz pareja, residente entonces en una casa muy humilde de la calle de la CarnicerÃ-a, iba ocasionalmente a su trabajo acompañada de su hijo de pocos Ã±os de edad, al que le encantaba jugar con los animales de la finca (vacas, cabras, ovejas, conejos, gallinas...): Francisquito se habÃ-a convertido en la alegrÃ-a de aquella hacienda. Era lo que se denomina un niÃ±o despierto y espabilado, pues, con frecuencia, hacÃ-a preguntas a los mayores impropias de su edad. Era una ricura. Pero aquella situaciÃ³n de paz y sosiego darÃ-a un giro inesperado la noche del 14 de Septiembre de 1553, cuando Catalina de Riberol -sabedora de todo ello y corroÃ-da por los celos- aprovechÃ³ que su madre, DÃ±a Constanza de Soberanis, estaba en misa y que sus cuidadoras se hallaban en la huerta, para escapar de su habitaciÃ³n. La hora de paso de la familia de labradores se acercaba y, al verlos venir a lo lejos, fue a la cocina en busca de un cuchillo. Fuerá de sÃ- y cuchillo en mano se dirigiÃ³ -como alma que lleva el diablo- a la calle y, cuando se hallaban hacia media altura del callejÃ³n Esquivel, los abordÃ³ bruscamente y por sorpresa. La tragedia se respiraba en el ambiente. Catalina, descalza y vestida con un largo traje blanco de corte medieval, se hallaba tan desmejorada fÃ-sica y psÃ-quicamente que se mostraba casi irreconocible. En esto, sin mediar palabra alguna, asestÃ³ una cuchillada letal al niÃ±o de apenas 5 aÃ±os, quiÃ©n cayÃ³ muerto al suelo. Acto seguido, intentÃ³ hacer lo mismo con su padre -el amor que nunca pudo olvidar- pero, en vista de que no lo consiguiÃ³, fue en busca de MarÃ-a de los Remedios, a quiÃ©n si lograra dar varias cuchilladas en el abdomen y que fallecerÃ-a desangrada a los pocos minutos. Ante semejante escena y, especialmente, alertados por el gritarÃ-o que salÃ-a del callejÃ³n Esquivel, muchos vecinos se dieron cita en el lugar provistos de palos y piedras. Entonces, Catalina de Riberol, asustada, echÃ³ a correr risquetes abajo en direcciÃ³n al Barranco. Estuvo varios dÃ-as desaparecida pero el 18 de Septiembre de 1553 fue descubierta por la Guardia Militar escondida en la cueva que existe junto al lugar donde, actualmente, se encuentra la Presa de las Garzas. Desde entonces, aquella excavaciÃ³n en la roca fue denominada ªCueva de Catalina de Riberol, en alusÃ³n a aquel episodio. DÃ±a Catalina de Riberol y Soprani fue juzgada y condenada a muerte. Su ejecuciÃ³n tuvo lugar el dÃ-a 2 de Agosto de 1554 en la horca que se instalÃ³, para la ocasiÃ³n, en la Plaza Mayor de la Villa de GuÃ-a de Gran Canaria. Todo el pueblo estuvo presente en aquel ajusticiamiento, el Ãºnico que se recuerda en esta municipalidad. Sus padres marcharon nuevamente a GÃ©nova. JamÃ¡s se supo de ellos, a excepciÃ³n de lo escrito en una carta que, desde Italia, DÃ±a Constanza de Soprani envÃ³ a Fray Juan de Mendoza (su confesor espiritual) y en la que decÃ-a que se sentÃ-a culpable de lo ocurrido ya que, debido a un despiste suyo, hubo varias muertes, incluida la de su hija Catalina. AdemÃ¡s, en otro fragmento de la mencionada misiva, rogaba a su destinatario que hiciera llegar a las gentes de GuÃ-a que se encontraba muy apenada y avergonzada ante lo sucedido. A todo esto, las investigaciones policiales averiguaron, dÃ©cadas despuÃ©s, que el motivo real por el cual la familia Riberol-Soprani vino a las Islas Canarias, habÃ-a sido con el afÃjn de proteger a su hija de la justicia genovesa pues, curiosamente, DÃ±a Catalina de Riberol, cuando sÃ³lo era una adolescente, asesinÃ³ a una prima suya a la que tenÃ-a celos. Desde que ocurriÃ³ el suceso del CallejÃ³n Esquivel ya han pasado alrededor de cinco siglos; no obstante, se comenta que, en dicho lugar, ciertas noches se ve vagar la figurapectral de una mujer de mediana edad ataviada con vestimentas propias del s.XVI y que lleva de la mano a un niÃ±o pequeÃ±o que llora.

ALEJANDRO C. MORENO MARRERO

En GuÃ-a de Gran Canaria, Domingo 15 de julio de 2007 NOTA DEL AUTOR: Este texto responde a l en sentido literario, se ha denominado ªerelato corto. Por ello, quisiera dejar bien claro que la historia que hoy he tratado de contar, nunca sucediÃ³ en la vida real sino que, por suerte, ha surgido de mi imaginaciÃ³n y, consiguientemente, es una total y absoluta ficciÃ³n. Eso sÃ-, me gustarÃ-a aclarar que intentÃ© no caer en incongruencias de tipo temporal, es decir, todo el desarrollo de la trama se ajusta perfectamente al contexto histÃrico habido en el momento en el que he situado la narraciÃ³n (s.XVI). AGRADECIMIENTOS: Al Prof. NICOLÃ·S GUERRA AGUIAR, mi querido y admirado amigo, no sÃ³lo por haber accedido a escribirme el prÃlogo (en mi opiniÃ³n, una verdadera delicia) sino por sus oportunÃ-simas indicaciones y observaciones, ademÃ¡s de por la precisa correcciÃ³n final del trabajo. Y, por supuesto, tambiÃ©n a JAVIER ESTÃ‰VEZ DOMÃ•NGUEZ por la magnÃ-fica fotografÃ-a que me facilitÃ³ para la portada del libro. A los dos, muchÃ-simas gracias. Les estoy infinitamente agradecido.

IMAGEN PORTADA:

Vista del CallejÃ³n Esquivel con la Casa de los Aguilares al fondo.
FotografÃ-a realizada por JAVIER ESTÃ‰VEZ DOMÃ•NGUEZ (2007).